



# BOLETÍN DEL CLERO DEI. OBISPADO DE LEON

## AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIOCESIS

*Et dabo vobis pastores iuxta cor meum et pascent vos scientia et doctrina.*

(Jerem. c. 3 v. 15.)

*Y os daré pastores á la medida de mi corazón y os apacentarán con ciencia y doctrina*

(Jeremías cap. 3. v. 15.)

Nuestro adorable Redentor que quiso ser adorado y reconocido bajo la tierna y expresiva figura del *buen Pastor que da la vida por sus ovejas* (1) antes de subir á los cielos para gozar del triunfo á la derecha del Padre, no queriendo dejar abandonada y sin abrigo la mística grey de la Iglesia *que habia adquirido con su sangre*, (2) después de haberse cerciorado una y otra vez de la caridad con que le amaba el Príncipe de los Apóstoles, la puso bajo su paternal tutela, diciéndole *«apacienta mis corde-ros, apacienta mis ovejas»* (3) deseando comunicar con

(1) Joan. 11, 14).

(2) Act. 20, 28.

(3) Joan 21, 15 et 16)

estas palabras conmovedoras al Jefe de la Iglesia y, en él, á todos los Apóstoles y legítimos sucesores en el gobierno del pueblo cristiano, aquella viveza de amor infinito que obligó al Verbo Divino á descender á la tierra y conversar con los hombres para volverlos sobre sus hombros al redil del Padre Celestial.

Efecto de esta recomendación eficacísima fué desde luego aquel celo irresistible con que los Apóstoles, no solamente velaron sobre los discípulos del Señor para confirmarlos con su palabra y ejemplo en la doctrina recibida, sino que también se extendieron por toda la tierra y sus voces sonaron en todos los confines del mundo (1) predicando el evangelio á toda criatura (2) para que el mundo que yacía en sombras y tinieblas de muerte abriera sus ojos á la luz esplendorosa de la gracia (3) y recibiera la nueva vida que Cristo Jesús le había traído (4) al derramar su sangre virginal entre dolores y angustias imponderables clavando al madero de la Cruz el decreto de muerte que pesaba sobre el hombre después del primer pecado (5).

Al vernos, por tanto, elevados por la Divina Misericordia á regir una parte del rebaño de Cristo y llamados á suceder sin méritos de nuestra parte á aquellos varones santísimos en el sagrado ministerio de continuar la obra por ellos con tan admirable fortaleza cimentada, parecemos escuchar á toda hora la voz infatigable del Apóstol de las gentes que nos dice *«cuidad de vosotros y de todo el rebaño en el cual os puso el Espíritu Santo, como Obispos para regir la Iglesia de Dios»* (6) y no podemos en ma-

---

(1) Ps. 18, 5.

(2) Mar 16, 15.

(3) Isai. 9, 2.

(4) Joan. 10, 10.

(5) ad col. 2, 14.

(6) act. 20, 28.

nera alguna olvidar el deber estrechísimo de atender á la salud y alimento espiritual de nuestros diocesanos que, recordando el mandato divino, nos recomienda el Príncipe de los apóstoles en su primera carta, diciendo: «*apacentad la grey de Dios que os está confiada* (1).

Mas, si en todo tiempo y ocasión el interés de las almas por las cuales derramaron su sangre Nuestro adorable Redentor, Pastor de los Pastores y sus amados discípulos, reclama nuestros desvelos y preocupa nuestro ánimo, es indudable que circunstancias especialísimas estimulan hoy más vivamente nuestra solicitud y cuidados paternales. La vida moderna con sus múltiples necesidades y continuas agitaciones abruma las fuerzas del espíritu y el progreso material ocupa tan de lleno á los hombres, que apenas queda tiempo para entrar dentro de sí mismo y pensar en la más hermosa y noble parte de nuestro ser y en el fin altísimo que ha de cumplir en la tierra, que es la gloria y servicio de Dios en el cual ha de santificarse y conseguir la eterna bienaventuranza; la fiebre de crecer y encumbrarse, el ansia de engrandecerse y llegar á una relativa holgura dominan de tal manera los corazones de los hombres que fácilmente vienen estos á posponer y despreciar los deberes religiosos, olvidando completamente que *no tenemos aquí ciudad permanente y que esta vida es camino para otra más duradera que esperamos* (2). De este olvido lamentable nacen, como de fecunda y venenosa fuente, multitud innumerable de pecados que ofenden la Santidad Divina y provocan sobre nosotros los castigos del cielo; la profanación pública y escandalosa de los días festivos, el alejamiento de la Iglesia y de las funciones religiosas, el desprecio y abandono del Precepto Pascual y, por tanto, de los Stos. Sacramentos, la blas-

---

(1) 1.<sup>a</sup> Pet. 5, 2.

(2) Ad heb. 13, 14.

femia pública, pecado horrible cuya malicia clama venganza al cielo y que, á pesar de su gravedad satánica, se extiende y propaga de día en día como mortal contagio, todos estos y otros muchos males que no puedo ni quiero enumerar de esa raíz traen su origen y en ese suelo del moderno naturalismo arraigan: y necesario es, si hemos de acabar algún día con ellos, que se levante la voz del Predicador cristiano para poner á la vista la caducidad efímera de las cosas terrenales y las verdades grandiosas de nuestra religión santa, repitiendo con Jesús tentado en el desierto *«No de solo pan vive el hombre, sinó de toda palabra que brota de los labios divinos (1) nada importa ganar todo el mundo si el alma se pierde (2) poco vale la vida del cuerpo en comparación de la vida del alma que no se sostiene con los caducos frutos de la tierra sino con la virtud divina de la sabiduría del cielo (3).*

A estas reflexiones bastante poderosas por sí mismas para mover nuestra pastoral solicitud á invocar la misericordia de Dios nuestro Señor é intentar un supremo esfuerzo, algo extraordinario y eficaz para evitar la perdición de las almas, han venido á sumarse otras razones dignas de tenerse muy presentes, aunque de muy diversa naturaleza. Son estas; el haber comenzado el año santo, llamado así por nuestros padres en atención á los señalados frutos de virtud que el Santo Jubileo producía en todo el orbe católico y la santidad y devoción que respiraban aquellas numerosas peregrinaciones que de todas partes se dirigían á Roma para participar de las gracias y favores especiales que el Padre Común de los fieles liberalmente franquea; quiere además el Romano Pontífice que en este año último del siglo nos dispongamos con

---

(1) Math. 4, 41.

(2) Ibid. 16, 26.

(3) Sap. 16, 26.

oraciones y obras de piedad á comenzar santamente la próxima centuria y, bien sabéis, por último, que el pueblo cristiano se dispone á celebrar un Solemne Homenaje á Jesucristo Redentor, Rey de los siglos; acontecimientos los tres que no pueden pasar inadvertidos para el pueblo cristiano y que deben movernos á preparar de tal manera nuestras almas que saliendo verdaderamente santificadas del año santo, podamos ofrecer nuestros corazones al Sacratísimo de Jesús, esperando de su misericordia bendiciones y gracias para el siglo venidero.

He aquí, pues, amadísimos hijos, los gravísimos peligros del rebaño de Cristo que desea prevenir nuestra pastoral solicitud y las solemnidades por todo extremo notabilísimas que la Iglesia celebra; y no hallando medio más adecuado para evitar los primeros y dar mayor esplendor á las segundas que la predicación de la divina palabra que, si por una *parte es la espada del espíritu* (1), por otra es *semi'la fecunda* de virtudes y buenas obras (2) he dispuesto daros durante el Sto. tiempo de cuaresma, *pastores segun mi corazón que os nutran con la ciencia y la doctrina* (3) para que *oyendo la voz de Dios vivais la vida eterna* (4) y *guardando su palabra en vuestros corazones seais bienaventurados* (5).

Improba es la tarea y escaso el fruto que puede esperarse de predicar y corregir al que, lejos de estar dispuesto á escuchar favorablemente, siente por el contrario aversión y desprecio hacia las cosas y personas religiosas y lleva en su espíritu mil preocupaciones y celos contra la verdad que se trata de inculcarle, sin contar la repugnancia que la natural corrupción de nuestras pasiones

---

(1) ad eph. 6, 17.

(2) Luc. 8, 11.

(3) Jer. 3, 15.

(4) Joan, 5, 24.

(5) Luc. 11, 28.

oponen siempre á las severas prácticas y puras verdades de nuestra fé; pero en medio de esta al parecer general deserción quedan aun muchas almas piadosas que es necesario salvar de los peligros que las cercan y los mismos impíos se verán atraídos por la belleza y santidad de nuestra religión santa al escuchar los ecos de la palabra divina. Por tanto, cuanto mayor es el peligro y más amenazada está la salvación de las almas, es más necesario cumplir el mandato de Dios *clama, no ceses de clamar* (1) y poner en práctica el consejo del Apóstol, *predica la Divina palabra ins- ta con oportunidad y sin ella, arguye, ruega, corrije* (2) esperando confiadamente que pues *la palabra de Dios es viva y penetrante más que espada de dos filos* (3) y *jamás vuelve vacía*, (4) caerá sobre las almas como rocío fresco en campo agostado y como semilla fecunda dará frutos abundantes de celestiales bendiciones.

Luego, pues, que haya comenzado el Santo Tiempo de Cuaresma, misioneros de todas las órdenes religiosas, saliendo de sus retiros como nuevos profetas que anuncien á los pueblos la voluntad santa de Dios, se derramarán por todos los pueblos de nuestra dilatada Diócesis anunciando las misericordias del Cielo y *con palabras de fuego como Elías* (5) abrasaran la tierra en la llama *ardentísima de caridad* que *Cristo Jesús vino á traer al mundo* (6) para purificarle de sus culpas, y respecto de nuestra Diócesis se cumplirá á la letra la promesa del Señor *«La tierra está llena de su doctrina, como aguas el mar que todo lo cubren* (7), y cuando el impio se obstine en su impiedad

---

(1) Isais 58, 1.

(2) 2.<sup>a</sup> ad Tim. 4, 2.

(3) ad heb. 4, 12.

(4) Isai. 55, 11.

(5) Ecli 48, 1.

(6) Luc. 12, 49.

(7) Isai. 11, 9.

y no escuche las palabras de vida que le dirigimos, su sangre caerá sobre él mismo y *su muerte no será á nosotros imputada ni nos pedirán cuenta de su condenación eterna* (1).

Copiosos, abundantísimos frutos esperamos de esta verdadera inundación de misericordias celestiales y todos estamos obligados á procurar que el éxito sobrepuje á las más alhagüenas esperanzas; y, cómo nada hay que deba por pequeño ser despreciado ó preterido, cuando se trata de la salvación de las almas, muy recomendable sería que todos los párrocos preparasen de tal manera á los pueblos que la recepción y permanencia de los misioneros entre sus feligreses resultara en todos sus detalles una completa solemnidad que seguramente se grabaría hondamente en la memoria del pueblo y podría ser por mucho tiempo freno que les contuviera en la senda del deber y aguijón que les estimulara en el camino de la virtud. Todo puede contribuir á disponer las almas y á confortar al misionero que es digno por todos conceptos de que se le reciba como enviado de Dios y portador de sus misericordias. *¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!* (2) Exclamaban las turbas agitando ramos y palmas en la solemne entrada de Jesucristo en Jerusalén, benditos podéis repetir vosotros los que vienen en nombre del Señor, bendito el misionero que busca las almas enfermas para redimir las del pecado, noble es la empresa, admirable es la caridad, *bellos son los pasos del que camina para anunciar la paz, para evangelizar el bien* (3) recibidlos pues, amadísimos hijos. con la santa alegría que debe producir la misericordia del Señor que llevan en su palabra y, al escuchar sus acentos, oidlos con la veneración profunda que puede inspirarnos la palabra de Dios que habla por ellos y aprovechando desde luego las misericordias del Señor abrid nuestros corazones á la gracia *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra;* (4) escuchad con ternura las grandezas del Padre celestial y no os negueis á sus hu-

---

(1) Ez. 33. 8.

(2) Joan. 12, 13.

(3) ad Rom. 20, 15.

(4) ps. 94, 8.

mildes y cariñosos ruegos cuando os diga, *hijo mio, dame tu corazón* (1).

Haced, pues, amadísimos sacerdotes y fieles que la misericordia del Señor produzca frutos abundantes y sus bendiciones no sean infecundas; *venid*, os diré para terminar con el Profeta; *venid todos los que corriendo tras de las vanidades de la tierra, estáis fatigados y sedientos, aquí teneis la fuente de aguas cristalinas; venid vosotros los que hastiados de los insulsos manjares del mundo, teneis hambre, venid, tomad gratuitamente el vino que engendra virgenes y la leche deleitosa que nutre las virtudes; ¿por qué os afanáis vanamente buscando goces que no encontráis? oid mi voz y vuestro corazón se anegará en dulzuras sin término, inclinad vuestro oído y escuchad mi palabra y vuestra alma vivirá; buscad á Dios ahora que le teneis cerca, invocadle ahora que está dispuesto á escucharos; abandone el pecador sus pecados y el impio los caminos de su maldad y conviértese á Dios que es magnánimo para perdonar; porque así como la lluvia que descende del cielo, no vuelve, sino que empapa la tierra y circula por ella y la hace germinar y dar frutos, así la palabra del Señor, nutrirá las almas y vivificará los espiritus para que abunden en virtudes y gracias.* (2)

Quiera el cielo que así sea y bendiga vuestros corazones como lo hace vuestro Prelado en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

Dr. Adolfo Pérez Muñoz,

Canónigo Secretario.

Esta carta Pastoral se leerá al ofertorio de la Misa en el primer día festivo siguiente al de su recepción.

---

(1) Prov. 23, 26.

(2) Isai. 55.